

Jesús dijo:

«Decid a la gente que se siente en el suelo».

Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; solo los hombres eran unos cinco mil.

Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.

Cuando se saciaron, dice a sus discípulos:

«Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se pierda».

Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía:

«Este es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo».

Jesús, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.

Reflexión del Evangelio de hoy

“¿Con qué compraremos panes para que coman estos?”

Para ponernos en situación, hoy tenemos que preguntarnos sobre los problemas que nos afligen: ¿qué podemos hacer para rebajar el hambre en el mundo, para que 8.000 millones de personas tengan acceso a agua potable, para que todos los sin techo duerman a cubierto, para dar trabajo digno a los parados, para procurar consuelo y salud a los enfermos? ¿Cómo actuaremos ante la corrupción política, ante un mundo gobernado por grupos de poder? ¿Cómo salir de nuestra alienación a una sociedad erigida sobre el pilar del consumismo? ¿Cómo terminar con la indiferencia ante los demás, el egoísmo, el individualismo, la guerra por el dinero, el maltrato a la mujer, a los niños, a los inmigrantes...? ¿Cómo podemos terminar también en la Iglesia con la mezquindad, la egolatría, la ambición, la división, el lucro, la comodidad, el machismo...?

Ante este panorama, nada irreal, ¿quién de nosotros no contestaría como Felipe, impotentes para dar solución?

Jesús nos muestra el camino:

Primero es necesario que aprendamos a analizar la realidad, incluyéndonos en ella, ser parte del mundo compadeciéndonos (padeciendo con) con los más necesitados, sin engañarnos ni huir de la crudeza que la inunda.

Seguidamente nos invita a sentarnos en la hierba, todos juntos. A relajarnos, descansar, ponernos en sintonía con lo que somos y olvidar las aflicciones y cadenas que nos impiden mirar más allá, poner la confianza en Él y encontrar en los demás a los/as hermanos/as.

Entonces, es el momento de partir el pan, dar gracias a Dios y compartir. Él no nos pide más de lo que podemos dar: tan sólo cinco panes y dos peces. Y sin embargo, cinco y dos suman siete, el símbolo de la perfección. Bastó el simple gesto de compartir lo que uno sólo de los asistentes tenía para sí para que al final acabasen sobrando provisiones de lo que entre todos pusieron en común. Reunidos en torno a Jesús se recrea de nuevo el Reino de Dios, la comunión humana. En el relato no se describe a la gente, no se diferencia buenos de malos, ni se hace selección alguna. Lejos de despedir a nadie "... repartió a los que estaban sentados,...". La diversidad de personas, en igualdad y equidad de condiciones, en cualquier grupo, grande o pequeño, también entre nosotros los creyentes, respetando tendencias y sensibilidades, es una riqueza, sino un imperativo, en orden a la solidaridad y a la fraternidad.



Comunidad El Levantazo

Valencia